

Luis Quintana Tejera

Una historia de amor



1. Amé, sufrí intensamente, viví la plenitud del instante. Le pedí al fugaz minuto de la vida que detuviera su enfermizo pasar. No me escuchó y, solo, "ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa",¹ únicamente espero, espero...
2. Aclaración del autor: Se han cambiado los espacios para no involucrar aún más a los responsables de los hechos.

ME LLAMO MARIO CAMPSA VALDIVIA, soy escritor, aunque –en verdad–, me hubiera gustado ser panadero como don Alcibiades, porque no sólo obtienen mejores resultados económicos, sino que además no tienen que pensar. No tienen la obligación de imaginarse el cauce tranquilo de un río como si fuera el sereno devenir de la existencia; no les corresponde contemplar un atardecer lento y glorioso en Acapulco como si estuvieran observando el fin de un gran hombre. Ahora bien, ni siquiera les agobia la obligación de leer a Virginia Woolf para luego citarla con presunción en la primera cena de amor en algún obligado rincón de este universo infinito en que habitamos tú y yo.

Nací hace mucho tiempo y viví intensamente.

No sé por qué cada vez que alcanzo una metáfora adecuada la comento con mis amigas y la repito hasta el cansancio para que no se me olvide que nací poeta a pesar de los incautos que dicen que sólo escribo cuando consigo abandonar el último recuerdo que me aprisiona dulce y amargamente. Soy esclavo de infinitas doncellas que dejan la inocencia y reclaman un futuro que yo no puedo darles. Soy quizás un personaje que se escapó de algún relato de Jardiel Poncela.

Veinte años viví en Barcelona batallando con el catalán y conocí a Adriana en Montevideo cuando menos lo esperaba. Estaba yo en mi clase de Clínica General y ella me escuchaba atentamente mientras me observaba con sus grandes ojos y desde un rostro muy blanco que nunca podré olvidar.

Dos cosas fundamentalmente me impresionaron en Adriana: sus dieciocho años que contrastaban con mis cuarenta, y su estatura corpulenta y bella que parecía recordarme que los hombres bajos no nacieron para estar de pie ante mujeres tan esbeltas, con quienes sólo



se igualan en el espacio mojado del amor.

También su lujuria insistente la llevo conmigo. Una hora en la cama con ella representaba para mí luchas en campos de pluma, ardiente grito en el silencio de una edad media inventada sólo para nosotros, solaz y esparcimiento del viajero sediento en medio del desierto de la vida, temor de perderla por la equivocación de no estar allí, impulso feroz que prolongaba el orgasmo de la dicha hasta las últimas consecuencias que el amor permitiera, túnel infinito que se desgastaba en ofrenda final; en fin, muchas metáforas más te explicarían —experto lector— todo lo que yo debo callar por olvido o, simplemente, por nostalgia de ese amor que ya no está.

Una vez le dije: “Me gustas cuando callas porque estás como ausente, estás como quejándote mariposa en arrullo y me oyes desde lejos y mi voz no te alcanza; déjame que me calle con el silencio tuyo o déjame que te hable también con tu silencio...” Ella amaba a Neruda, lo leía con esa alegría fresca que la llevaba a disfrutar la lectura tanto o más que lo que disfrutaba la lujuria. Cuantas veces entregados ambos a la delicia del amor, prolongando esos momentos más allá del límite de lo pensado, buscando con ansia el punto g del amor, le repetía al oído otros versos, alteraba a Bécquer, inventaba un Cervantes diferente y vital, recreaba a un Quevedo[...] Le decía en cierta ocasión: *¿Qué es lujuria? dices, mientras clavas en mi pupila tu pupila azul. ¿Qué es lujuria? ¿Y tú me lo preguntas? Lujuria eres tú.* Reía con una prolongada sonrisa que aún resuena en el silencio de mi habitación sin ella. Reía como sólo ella sabía hacerlo. Reía por mi ocurrencia al cambiar el verso cursi del español lejano. Y al mismo tiempo que reía sabía

que yo estaba allí para satisfacer todos sus caprichos, para elevarla en el limbo de su existencia hasta el instante placentero y total.



Pero no todo era pasión desbordante con Adriana. En una ocasión los vi desayunando en un restaurante céntrico; ya no recuerdo el nombre de ese lugar, Montevideo para mí está muy lejano. Mario la miraba con esa estúpida alegría reflejada en el rostro inocente del enamorado. Adriana calculaba. Siempre calculaba, hasta lo hacía en los momentos más profundos y trascendentes. Pero, perdonad mi intromisión. Escuchen mejor a Campsa Valdivia, porque su voz me sigue conmoviendo a pesar de estar tan lejos y a pesar de que Adriana ya no está con nosotros.



Que quieren que haga. No puedo olvidar cuando caminábamos de la mano por *18 de julio*. Un día fuimos a visitar un panteón en plena luz del día. Nos dejó intrigado el triste paisaje. Ella recordó un cuento de Poe. Tomados de la mano yo sentía que el mundo era mío, sólo mío. A ella se le ocurrió que muchos de los nombres de los personajes de mis cuentos podían ser tomados de las lápidas silenciosas; allí estábamos, copiando con lápiz y papel nombres extraños, adivinando diégesis concluidas, visitando como nuevos florentinos el paisaje lúgubre de la muerte, pisando con pie profano el sacrosanto refugio, descubriendo nuestra presencia implícita en la muerte explícita; en fin, allí pude leer: “Aquí yace Adriana Montañés, quien fuera la alegría de una casa que ahora está sola para siempre”. Allí nació la leyenda y cobró vida un nombre para recrear una historia de amor.

En alguna ocasión Benedetti habló de Laura Avellaneda y en casi todo el relato aludido llamó a la joven por su apellido e ignoró su nombre. Para mí la gente no debería tener apellidos, un nombre lo resume todo, lo sintetiza y proyecta al infinito abismo de nuestro ser. Cuando la amada oye el nombre del amado jamás pregunta por su apellido, no lo requiere para ubicar al único hombre en su vida que así se distingue. Cuando oímos *Aureliano Buendía* quizás pensemos en el autor colombiano si alguna vez lo hemos leído; pero, cuando oímos gritar en la playa silenciosa de nuestra vida el nombre de *Adriana*, éste se llena de una preciosa significación intransferible. No hay ni

puede haber dos *Adrianas*. Una sola se llevó nuestra insistente pasión, una sola ocupó plenamente el sitio de la nostalgia. No es cierto que los nombres propios al designar a su objeto lo denotan, se equivocó Amado Alonso *et al.*; en verdad, al referirse al objeto lo connotan y lo hacen con tanta fuerza que nos retorceremos de dolor.

Si Adriana leyera esta explicación que ocupa un espacio de mi relato sonreiría y pensaría que siempre tengo salidas recurrentes. Me acuerdo también de aquella tarde en que me habló del amor profundo que sentía por su novio de Internet. Había conocido a Aquiles –vaya nombre para un comerciante de computadoras– en un oscuro rincón del *e-mail* novedoso. Desde el lejano México le escribía él y ella se había involucrado hasta el extremo de confundir la presencia arrolladora del amor con la aportación fría y postergada del correo electrónico. Es cierto que Adriana había hecho un rápido viaje al país de los aztecas para conocer personalmente al legendario personaje de Homero, al egoísta Aquiles, y es cierto también que él la llevó a conocer a su familia en un olvidado pueblito del estado de Puebla, rincón oscuro del mundo en donde se soñaba siempre con la inmediata lejanía que representaba el soberbio Distrito Federal, la capital más contaminada del universo, la más poblada también, y también la capital que le ofrecía a Adriana una posibilidad vital junto a Aquiles si éste hubiera podido abandonar la mediocridad de su pueblo.

Allí vivieron cuatro semanas de intensa pasión. Allí fueron el uno del otro mientras el Popo quería volver a empezar. Yo lo sabía al conocerla, pero creí –ingenuo de mí– que podría luchar yo solo contra las computadoras y contra todo el sistema de Internet incluido el endemoniado *e-mail*. Fracasé, pero tengo la satisfacción más profunda porque supe luchar con picardía siempre renovada.

Adriana se fue de mi lado por diez días. Diez años tardaron los griegos –incluido en ellos el joven Aquiles– en sitiar y conquistar Troya. ¿Qué tiene él que yo no pueda suplantar? ¿Por qué la imagen de un amor lejano ocupa todo el espacio de reflexión de ésta, mi mujer presente y vital? ¿Cuánto tiempo podré soportar este espacio vacío sin Adriana? Recuerdo aquel cuento en el que no se sabía si Jesús había sido asesinado o se había suicidado. Recuerdo los dolorosos discursos de su novia, Liliana y de su amante homosexual, Tico. Y entiendo que quizás para él lo mejor fue el suicidio. Lo pienso también para mí, pero no me atrevo a pesar de tantas noches sin dormir; no decido el paso final y esto no sucede porque ame a la vida, sino porque más bien le tengo terror a la muerte, y si Dios existe no creo que pueda perdonármelo. Fueron largos días en donde no encontraba consuelo. Volví a verla un lunes, cumplido el plazo ya mencionado por mí. Vi sus labios, únicos labios nacidos para besar, vi su cuerpo, vi su sexo en la nebulosa del pasado inmediato. La deseé más que nunca. Le rogué. Le bajé el mundo sólo

para ella y la recuperé por un plazo breve en el que el *carpe diem*, la obligación de gozar, el momento proyectado hacia el infinito, me recordó que Aquiles seguía profanamente vivo en Puebla, que esperaba el oscuro mes de diciembre en que viajaría a Montevideo para reencontrarse con ella.

Pero yo la tuve conmigo cuatro meses más. Recuerdo la primera vez que volvimos a estar juntos después de los diez aquileidos días. Fue más que hermoso. En el momento de penetrar en ella le dije que la amaba: término en cuestión para ella; y, –nueva Briseida poseída y entregada–, me contestó que sólo me quería, y recordó aquel pasaje de *Bodas de sangre* de Lorca en donde la novia confiesa ante su madre la existencia de dos cariños en su vida: el institucionalizado, el normal, el apenas placentero; y el otro, el pasional intenso, el ajeno a la razón. Recuerdo que se levantó raudamente de la cama y cogió el libro de Lorca que, curiosamente, estaba allí. Con rapidez de ávida lectora ubicó el pasaje y lo leyó con manifiesta entrega:

NOVIA.– ¡Porque yo me fui con el otro, me fui! Tú también te hubieras ido. Yo era una mujer quemada, llena de llagas por dentro y por fuera, y tu hijo era un poquito de agua de la que yo esperaba hijos, tierra, salud; pero el otro era un río oscuro, lleno de ramas, que acercaba a mí el rumor de sus juncos y su cantar entre dientes. Y yo corría con tu hijo que era como un niño de agua fría y el otro me mandaba cientos de pájaros que me impedían el andar y que dejaban escarchas sobre mis heridas de pobre mujer marchita, de muchacha acariciada por el fuego. Yo no quería, ¡óyelo bien!, yo no quería. ¡Tu hijo era mi fin y yo no lo he engañado, pero el brazo del otro me arrastró como un golpe de mar, como la cabezada de un mulo, y me hubiera arrastrado siempre, siempre, siempre, aunque hubiera sido vieja y todos los hijos de tu hijo me hubiesen agarrado de los cabellos.



Su razón, su sentido del deber, su fe en el porvenir continuaban anclados en México. A mí me quedaba el orgullo de ser “el otro”; de haber despertado en ella esos cientos de pájaros que traían luz y color a su existencia, al mismo tiempo que le impedían pensar como una mujer normal. Nunca había llegado tan profundo en la interpretación de García Lorca, ni siquiera en aquellas clases de literatura española en donde el maestro se entregaba con fruición a la tarea costosa de desentrañar el misterio poético para nosotros, que apenas despertábamos a la vida compleja del espíritu.

Ese destino trágico nos unía y no nos daba siquiera la opción heroica de la muerte. Simplemente tenía preparado para nosotros una separación, la separación.

Transcurrieron los días del invierno uruguayo, llegó el otoño, pasó también, y llegó –por fin–, el odiado verano. ¡Diciembre! ¡Diciembre! ¡Diciembre! El aeropuerto internacional de Montevideo recibió al conquistador de Troya. Adriana vaciló. Mi narrador preferido diría que “calculaba” como siempre. Yo no lo sé. Sólo sé que Montevideo empezó a verme caminar por sus calles como si estuviera muerto. Yo le había dicho a mi amor que se fuera con Aquiles, que disfrutara las tres semanas uruguayas que él le venía a traer desde la heroica Puebla. Así lo hizo. Preferí no saber nada de ellos y me fui a pasar la navidad a Punta del Este, a la casa de un gran amigo, a la soledad de las playas fernandinas que empezaban a poblarse por porteños de siempre dudosa condición.

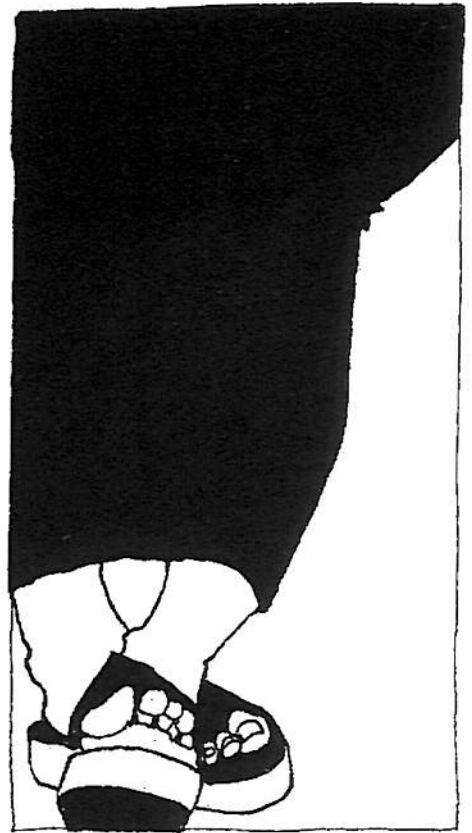
Platiqué con Luis de tantas cosas que habíamos postergado. Me preguntó por Silvia, una amiga común que habíamos disfrutado en Barcelona, me preguntó también por tantas cosas de la segunda capital española. Conocí sus desvelos, las tragedias infinitas de Maldonado, sus amores incesantes, sus reticentes finales. Aprendí mucho de él. Pero yo sólo pensaba en Adriana en brazos de Aquiles.

La experiencia supera a la impronta que da la juventud. La improvisación de un hombre de veintidós años no puede compararse con la sabiduría de los cuarenta y tantos. Quien ha estado conmigo no se olvida de mí, quien me ha postergado una vez no repite el mismo error. Esto y tantas otras cosas me decía a mí mismo como si realmente fueran ciertas. Mi conciencia me devolvía a cambio la imagen del novio de *Bodas de sangre*, imagen heroica e impuesta, imagen reproducida hasta el cansancio en medio del sudor de las noches puntaesteñas.

La juventud ocupa ciertamente el lugar de los veteranos del amor. La improvisación se transforma en regla de existencia y la sabiduría es sustituida por la búsqueda febril.

Aquiles regresó a Puebla de donde nunca debió haber salido. Regresó a su condición virtual, pero dejó en Adriana un recuerdo imborrable.

Al retornar a Montevideo Adriana no quiso verme –otra vez, qué falta de creatividad–, por diez días. Me sentí tan mal como la ocasión anterior. Pero –ahora–, fui yo quien no regresó a sus



brazos. Aproveché una imprevista ocasión para volver a Barcelona por un mes al menos. Allí la olvidé. Cuando me acuesto en la cama vacía busco su cuerpo, presiento su aroma, olfateo su sexo, me lleno del recuerdo de su ser, me prometo buscarla al día siguiente... No lo cumplo.



Ayer me enteré que Adriana vive en México, concretamente, estudia en Puebla. No quise saber más nada. Tengo miedo a los vuelos y en especial si son en Aeroméxico. Con cincuenta y cuatro años regreso tras una ilusión lejana. ¿Cómo será ese cuerpo que perdí en tantos amaneceres uruguayos?○

1 Garcilaso de la Vega, *Égloga I*.

Luis Quintana Tejera. Doctor en Letras (UNAM). Profesor/Investigador de la Facultad de Humanidades (UAEM). E-mail: qluis@toluca.podernet.com.mx.
